

CAPÍTULO 27.

UN CAPÍTULO ABURRIDO, PERO QUE NO PUEDE SUSTRAERSE, PORQUE SE TRATA DEL LAVADO Y DEL SECRETO DE LA MADONA SEXTINA.



De la siguiente etapa, sólo se conocen muy escasos datos sobre las experiencias de Tomás Mundete. Parece ser que, con frecuencia, se le vio en compañía de Keller-Caprese y que tuvo encuentros también, aquí y allá, con el estudiante, que se llamaba Bernhard Seebach. Pero los informes de estos dos señores son bastante incompletos. El estudiante murió en la guerra y Keller-Caprese desapareció; de manera que yo no pude tratar personalmente con ninguno de ellos. Lo que me hace depender totalmente de los apuntes de Ágata, que no son confiables, porque ella sentía una fuerte aversión hacia el pintor y, por consiguiente, destruyó sus relatos, o bien los desfiguró por completo con sus propias anotaciones al margen. Ella nunca llegó a ver al estudiante, y las negociaciones se realizaron más bien a través de Lachmann, quien, con premeditación, se cuidó de decirle algunas cosas al amorcito de su juventud, y que ahora, después de tantos años, apenas puede recordar con inseguridad para contarlas. De la mayor parte de lo ocurrido esas semanas en Berlín no se sabe nada. No me resta más que asentar aquí, de manera incoherente, el par de fragmentos que se han transmitido con autenticidad.

En principio, vienen a cuento una serie de visitas que hizo Tomás a los museos de Berlín, para las que se llevó consigo a Keller-Caprese, como perito en la materia.

La cuestión no resultó ser tan fácil con Tomás como con otras gentes. En primer lugar, fue un difícil obstáculo el letrero con el requerimiento de limpiarse los pies antes de entrar a ver las colecciones. Tomás juraba que su hermana Ágata tenía que andar por allí cerca. -Ella y nadie más sería capaz de esta infame tontería; colgó el letrero y está por allí acechando, para deleitarse con mi humillación, para deleitarse porque tengo que limpiarme bajo la orden de un extraño, igual que si yo fuera un niño que muestra a su mamá las manos y el cuello, para probar su limpieza antes de que lo dejen sentarse a comer, y a quien finalmente se envía de nuevo al lavabo, porque trae las orejas sucias -con esta idea fija en la cabeza, Tomás ocupó dos horas completas en buscar a su hermana, primero en los alrededores y luego en algunos salones de la galería. Mientras tanto iba pronunciando largos discursos, que en su mayor parte sostenía con tal fuerza y en voz tan alta que un viejo cuidador de la Galería, que estaba a punto de expresar su desprecio por el público incomprensivo escupiendo en la real y prusiana escupidera del museo en la sala Rubens, al voltear asombrado por los gritos, depositó en su real y prusiano uniforme el proyectil fabricado en su boca.

-En el lavado subyace la razón primera de todas las mentiras y la maldad -vociferaba Mundete-. El lavado es el trabajo del diablo, una infamia, cuya invención tiene como fundamento la insondable maldad de la mujer. Son incontables las lágrimas que derraman los pobres e indefensos niños, a causa de estos crueles tratos por parte de sus propias madres. Si el buen Dios no hubiera querido la mugre, pues simplemente no la hubiera creado. No nos hubiera llenado la panza con esas hermosas sustancias color café, de gran plasticidad para amasar, que sólo son apestosas para los otros y que a nosotros mismos nos huelen bien, si hubiera dado su aprobación para que luego viniera cualquier figura femenina gritando improprios en contra de esta nuestra máxima posesión, nuestra muy propia creación. ¿No se da usted cuenta, usted bobo ciego que se hace llamar pintor, de que toda la pintura, el arte todo consiste en esta misteriosa maravilla

que la pútrida humanidad denigra con el nombre de suciedad, o bien de mugre? Toda la plástica, las obras de arte de Fidias y las de Miguel Ángel no existirían, si el niño de pecho no formara con su intestino y su ano sus salchichas, para luego dar forma, con sus manitas, a las representaciones de sus fantasías aún cercanas al cielo. ¿Qué acaso, siendo niño, usted no acostumbraba pintar en la arena como un grabador y en la nieve como un auténtico pintor, pintar figuritas con el pincel del que está dotado por la naturaleza y con el luminoso tono dorado de su recipiente de colores en la barriga? Efectivamente lo haría usted, antes de ser tal liebre policiaca, que ofrenda sus hermosos instintos naturales a las llamadas buenas costumbres, esto es, a la mentira. Se dicen maravillas sobre Giotto, o como se llame el tipo ése, y sobre la O redonda que pintó en el lodo callejero, pero la humanidad deja pasar con descuido el fenómeno de que cada niño pinta sus pañales y sábanas, de que allí yacen las raíces de todo el arte. ¿Talento innato? Sí, hasta ahora nadie se ha tomado la molestia de estudiar los primeros intentos artísticos del hombre, sean de naturaleza plástica, pictórica o musical; ni tampoco de verificar qué influencia ejerce sobre el artista este primitivo trabajo de las deposiciones y los vómitos; y, en tanto no se haga esta investigación, los discursos sobre el talento son viles habladurías necias. Sin embargo, nadie sospecha la cantidad de obras de arte de la humanidad que se pierden, la cantidad de escultores, pintores, músicos, poetas, arquitectos, cuyo talento se quebranta desde los primeros momentos de su existencia, únicamente porque las madres piensan que es imprescindible lavarlos. Por lo demás, todo el asunto de la lavadera es absurdo, uno vuelve a ensuciarse, por supuesto. Es un trabajo de nunca acabar, de Danaides, y yo por mi parte adopto el lema de todo hombre de bien: no soy tan cochino como para tener que bañarme todos los días. El que se considera sucio, mentalmente sucio, ése se baña, como si con eso pudiera borrar el lodo pecaminoso de su corazón. Pero uno debería tenerse en gran estima, estar muy orgulloso, para sentirse sucio. Lo que yo hago está bien, porque yo lo hago, ésta es la máxima del hombre decente. Él cede la limpieza a las almas como las de Pilatos, que tienen que fingir inocencia pues son tan cobardes que no pueden soportar la culpa. En la Galería Nacional hay un cuadro en el que una mujer negra trata de blanquear a un niño con una esponja. El pintor entiende las profundidades de la vida, pintó una sátira sobre la acción de lavar, pues nunca se puede dejar algo limpio, sino que se activan nuevos niveles de suciedad. Y si se profundiza en el asunto, puede uno darse cuenta de que toda la idea de la mugre está relacionada con la ropa. La cara y las manos, que se traen al descubierto, se limpian por sí mismas. La costra que se forma encima de ellas, si no se lava, nunca se hace más gruesa, se lava por sí misma; y resulta que este tipo de costra hasta es limpio. No apesta como las manos lavadas con perfume, no se ve fea como las manos de las lavanderas; se encuentra, comparada con una mano recién lavada, casi libre de bacterias en descomposición; en pocas palabras, es una mano decente y honrada. Pero con la ropa comienza la mentira y, naturalmente, los vestidos apestan como todas las mentirosas mentiras interiores. ¿Usted, por supuesto, sabe lo que son las mentirosas mentiras interiores? Mentiras de fariseo, que intentan convertir algo vergonzoso en una acción noble. Todos aquellos que quieren ser honrados, todos los que pretenden ser caritativos y buenos pertenecen al género de los mentirosos fariseos. Constantemente se pudren las capas superficiales de la piel, y ese olor a podrido junto con los sudores y las porquerías se pega a la ropa. Me gusta la ropa limpia, pero ¿lavarse? Insisto en que es una infamia, en cuanto se recomienda a causa de la pulcritud. El agua fresca es agradable por sí misma. Sin embargo, las mujeres la usan para torturar a los niños y se alegran del triunfo de su maldad. Ellas no se lavan ni siquiera la cara con jabón, porque quieren estar siempre listas para ser besadas; pues una cara enjabonada apesta y una cara sucia pero voluptuosa huele bien, como el cabello cuando no se lava durante cuatro semanas. ¿Puede usted imaginarse que los ángeles se bañen?, ¿con jabón y todo, no sólo por gusto? Y ante todo, ¿qué puede verse de los ángeles por debajo de la ropa? -Se encontraba, en ese momento, frente a los ángeles músicos de Van Eyck y miraba cada una de las figuras con mucha atención.

-Durante mucho tiempo pensaron los ángeles ser varones, entre nosotros se les degradó a muchachas, y nuestra sórdida mentalidad es capaz de darles a los ángeles con flamígera espada facciones de mujer. Pero, dígame usted nada más, ¿cómo debe pensarse que son estos seres debajo de sus túnicas? ¿Acaso tienen barriga y, si tienen, hay algo dentro? Y si hay algo dentro, ¿sale?, ¿y cómo son los aparatos con los que se realizan las evacuaciones? ¿Hay excusados allá arriba? ¿Es el trueno el pedo de los ángeles?

Con esta pregunta cayó Tomás en profundas reflexiones. Caminaba tropezando, con las manos en las bolsas del pantalón, la cabeza inclinada y la espalda encorvada; caminaba sin ver ni a derecha ni a izquierda

y sin poner atención en Keller-Caprese, quien marchaba silencioso a su lado, pues ya sabía, por experiencia, que lo más fácil para llevarse bien con su protector era dejarlo parlotear a su gusto.

Tomás se esforzaba por dirigirse hacia la salida. Se detuvo y tomó el cepillo para los zapatos que tenían allí y, con sumo cuidado, se limpió los zapatos para acentuar, en cierto modo, una vez más el contraste entre sus conceptos de limpieza y los del mundo. Apoyando el cepillo contra el suelo y balanceándose él con su trasero en el mango, como queriendo que éste taladrara el estómago por atrás, volteó hacia Keller-Caprese.

-Pero, con todo y todo, las mujeres tienen razón al educarnos para ser limpios. ¿Qué ocurriría si quisiéramos salpicar todas las esquinas como hacen los perros? Y lo admirable es que las madres no conocen el verdadero fundamento y objetivo de sus lavados. Con su estúpida inocencia, no se dan cuenta de que lo importante para ellas es ver a los niños desnudos, tocar la piel desnuda y cálida; y, así, regalarse con esa sensación de inspeccionar las más íntimas y excitables partes de los niños y de ... ¿No es de gran profundidad el que la naturaleza obligue a la madre a impartir a sus niños la primera lección sobre los placeres eróticos? ¿Es así como se proscriben hedor y mugre a las partes subterráneas del cuerpo humano, donde Eros acecha sonriendo pícaramente? ¿Y no es trágico que al hombre le sea prohibida la relación erótica precisamente con ese ser, cuya mano lo acarició por vez primera; cuyo pecho lo satisfizo con placer; y que, por consiguiente, lo ama con amor tan cálido como nadie jamás lo hará? ¿No es trágico que le sea prohibido el amor candente con la madre? Impulso y prohibición, placer y angustia, estáis tan íntimamente entretejidos y hechos con la vida, dadnos todo lo noble y lo sublime -salió a la calle y, con una risa pueril, se metió en el charco más cercano. Luego dijo con aire melancólico: -No tengo a nadie que me regañe por eso, ni nadie que me bañe. ¡Qué difícil es ser ya un adulto! -Caminó en silencio durante un rato para recomenzar:

-En cuanto a la cuestión de la historia natural de los ángeles, se me ocurre que en alguna ocasión me contaron que San Pedro les atornillaba la barriga a los niños chiquitos, antes de ser ángeles, para que no le ensuciaran el cielo. Y si bien recuerdo, los ángeles, en la madona Sixtina de Rafael, consisten de hecho en cabeza y alas. Me refiero a los ángeles que están entre las nubes. Los dos de abajo, por lo menos, tienen también torax. ¿Se recuerda usted, además, de que uno de estos ángeles tiene un dedo sobre los labios, y se ha preguntado usted alguna vez lo que esto significa? No, por supuesto que no. Así pues, voy a explicárselo. Si usted ve que alguien, que está conversando con usted o que está sentado frente a usted, se pone un dedo en la boca, puede usted tener por seguro que se calla algo, que se impone silencio a sí mismo, que tiene un secreto y no quiere descubrirlo. Retiene la boca en el mejor sentido de la palabra. Y el ángel de la Sixtina tiene que ocultar tal secreto, el más profundo e insondable secreto del mundo. La Sixtina no es una representación cristiana, nos revela simbólicamente los primigeneos fenómenos de la vida, el secreto de la madre. Esta Madona pasa a través de una cortinilla, una indicación más de que aquí reina un misterio. A ambos lados se van separando los apretados pliegues, y aparece la mujer cargando al niño. De las profundidades del Todopoderoso surge ella entre la cortinilla, obedeciendo a los oscuros impulsos, yendo al encuentro del destino de la mujer, mostrando en el regazo del cielo los innumerables gérmenes del nuevo devenir. El símbolo masculino va hacia ella, esto se manifiesta en el brazo extendido y el dedo del Papa; ella no pone su atención en el dedo, en la masculinidad, su mirada se dirige al horizonte, completamente satisfecha con el ser mujer y desnuda de toda pequeña pasión personal. El velo de la falsa vergüenza se ha descorrido. Ella es la Mujer, la idea de la mujer, la Afrodita y Madre al mismo tiempo. Sólo durante un instante mira el hombre el más profundo de todos los enigmas, la Madona aparece con sus vestiduras ondulantes, para desaparecer de la vista al momento siguiente. Su movimiento es circular, un símbolo del embarazo. Todo lo redondo es un símbolo del mundo y de la madre. La triada de figuras son de nuevo la madre. El uno es el hombre; el dos es el matrimonio; el tres es el hombre, la mujer y el niño, la Trinidad. Si usted observa también a los dos ángeles, obtiene de nuevo el círculo; el signo del embarazo comprende a estas cinco personas. Pero el tres es también el número del hombre, usted se da cuenta por la posición de las figuras que aquí están representados la mujer, el hombre y el niño en un maravilloso misterio. Sixto y Bárbara están dibujados a diferente altura y, entre ellos, se encuentra erguida la mujer con el niño. Son los testículos y el falo que aparecen como la mujer con el hijo, mostrando así la mezcla de mujer y hombre que hay en el ser humano. Pues, ¿quién es totalmente hombre o totalmente mujer? Somos ambos polos, que se han convertido en una unidad indisoluble. En este cuadro se ha pintado el mundo, y es con razón la perla de todas las pinturas, es divino.

De repente, Tomás se rió con fuerza. -Se me ocurre una ilustración para el poema de Goethe, “Noche de bodas”. Se ve allí también una cortinilla que Amor mantiene bien cerrada, mientras sonrío burlón y se pone un dedo sobre la boca. Amor y ángel son la misma cosa; y así como Rafael le pega alas a las cabezitas de los ángeles, del mismo modo Felicien Rops pinta el falo alado. Bueno y malo, puro y sucio, alto y bajo, todo eso es absurdo. En última instancia, todo es Dios y sólo nosotros tontos lo censuramos. Los antiguos aún percibían eso. Los latinos usaban para alto y profundo el mismo término: *altus*. Pero nosotros, nosotros somos fariseos y no hacemos otra cosa que declarar con orgullo: Te doy gracias, Dios mío, porque no soy como los otros. ¿Vio usted hace poco al guardia del Museo? Quería escupir al mundo, la redonda escupidera, pero tuvo que escupirse a sí mismo, pues se autodesprecia. ¿Y sabe usted por qué es él despreciable para sí mismo? Pues, porque tiene que caminar durante horas y horas, en medio de las florecientes carnes de las mujeres que pintó el divino Rubens, con el sentimiento de la deplorable impotencia encima. Ya que no posee el jugo y la fuerza como en otros tiempos, arroja el escupitajo en lugar del fecundante semen, igual que los pillos adolescentes, cuyos testículos no están aun maduros para la relación con las mujeres y entonces fingen la hombría mediante los escupitajos. El tipo ése no tiene una mujer, pero la escupidera es un símbolo de la mujer. Sólo que el hombre es demasiado inválido, demasiado flojo, para tal acción simbólica.

Tomás se detuvo de pronto. Su rostro se demudó por la pena íntima y tan sólo vio sombras. Después de unos instantes, sacó un cigarro y lo encendió; luego agarró con fuerza el ineludible bastón y dio con él contra el suelo.

-Ahora puede irse -dijo y añadió de inmediato-, espere usted un momento todavía. Hoy escuchó usted mejor que de costumbre y se merece una recompensa extra. Tome.

Colocó una moneda de oro en la mano del estafador y se fue.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck